

Alejandro Vicuña

El Faraón cristiano ⁽¹⁾



SINGULAR caravana atraviesa las calles de Constantinopla, en dirección al Palacio Patriarcal.

Cincuenta hombres, de todas edades, muchos de ellos en la más proveya ancianidad, cubiertos con pieles de cordero, desnudos los brazos y los pies, extenuados por la fatiga y la miseria, caminan penosamente en busca de Crisóstomo.

A su cabeza marchan tres figuras venerables, de talla gigantesca, que atrae de modo especial la curiosidad de la multitud. Insensibles al medio que los rodea, avanzan con la vista lejana, como aplastados bajo el peso de honda preocupación.

Sólo el día anterior han desembarcado en Constantinopla y vienen desde los desiertos de la Nitria, entre el Nilo y las montañas de la Libia.

Son perseguidos que acuden al Patriarca en demanda de justicia.

(1) (Capítulo de la obra «Crisóstomo», próxima a publicarse)

Muchos centenares de monjes vivían en la paz cristiana, entregados al estudio y la penitencia, en el corazón del Egipto.

La entereza de algunos de ellos, para defender la inocencia de Isidoro, limosnero mayor de Alejandría, contra la calumnia del Patriarca Teófilo, atrajo sobre esos santos solitarios la ira y terrible venganza del poderoso jefe de la Iglesia egipcia.

Una viuda rica se arroja un día a los pies del Gran Limosnero del Patriarcado, y al hacerle entrega de una gruesa cantidad de dinero para los pobres, le exige el juramento de invertir esa limosna de acuerdo con sus deseos, sin permitir que el Patriarca tome un solo óbolo para gastarlo en otras cosas.

La fabulosa riqueza de Teófilo, sus grandes palacios, los tesoros que guarda misteriosamente en ignorados subterráneos, en una palabra, su avidez de dinero, despierta en los fieles el temor de ver sus limosnas incorporadas al patrimonio personal del Patriarca. Tal es la explicación del proceder de la viuda con Isidoro.

El Gran Limosnero cumplió su juramento y nada dijo de la suma recibida; pero Teófilo lo supo por otro conducto, pues tenía exploradores de cuanto se decía y hacía a su alrededor (1).

No obstante su orgullo y violencia de carácter, el Patriarca prefirió disimular al principio, pero luego in-

(1) Utpote qui haberet factorum et dictorum exploratores, ne aliter eos apellem. (Diál. 21).

terrogó a su subalterno y le manifestó viva indignación.

Dos meses después, el anciano Isidoro, ante un Consejo de Eclesiásticos, era acusado por el Patriarca del delito de sodomía, cometido veinte años atrás; y sin prueba alguna, fué depuesto de su cargo. Es útil recordar, para apreciar la buena fe del acusador, que ese culpable del horrendo crimen de sodomía había sido candidato de Teófilo para la sede patriarcal de Constantinopla, a la muerte de Nectario, cinco años antes.

El santo Limosnero, antiguo monje en los desiertos de Nitria, tomó de nuevo el camino de la soledad, y allá se refugió entre sus amigos y hermanos, para terminar sus días en paz.

Relata Sozomeno otro incidente, de naturaleza semejante al anterior, que habría colmado el furor contra el integérrimo Isidoro.

Una hermana de Teófilo ha sido favorecida con una donación testamentaria, y se duda con fundamento que las intenciones de la testadora hayan sido beneficiar personalmente a la insaciable señora.

En otra oportunidad, el Patriarca ha insinuado a personas caritativas el nombre de su hermana, como intermediaria de las limosnas para los pobres. Es una indigna maniobra para acrecentar su fortuna y quedarse con los bienes de los necesitados.

Teófilo no dudó de la finalidad del dinero y se apropió sin más trámites de el, asegurando que muchas

veces y en presencia de varias personas la generosa donante había repetido ser su heredero el Patriarca, como persona privada. Citó como testigo al Gran Limosnero, Isidoro, quien, emplazado a declarar sobre la materia, negó haber escuchado semejante especie.

¿Cuál no sería la ira del Patriarca contra los monjes que así acogían a un enemigo suyo?

Ordenó primeramente que fuese expulsado de los monasterios el culpable, y en seguida, los responsables de haberlo recibido.

Ammonio, uno de los monjes, bajó hasta Alejandría, para interrogarlo sobre los motivos de su determinación. Como única respuesta obtuvo del iracundo Teófilo fuertes golpes, que lo dejaron sangrando (1).

No satisfecho con esta intemperancia y aprovechando el terror que inspiraba entre sus subordinados, convocó a sus Obispos sufragáneos, y acusó a los monjes del delito de Origenismo.

Acusar a alguien de Origenismo en esa época era atraer sobre la cabeza del culpable todas las iras y maldiciones. Nada se detestaba tanto, por lo mismo que nada era tan atrayente y contagioso. La vida y escritos del gran Orígenes subyugaban los corazones e inteligencias; pero desgraciadamente, muchos no sabían distinguir entre la sublime doctrina del gran Maestro de Alejandría y algunos errores que involuntariamente se habían deslizado en sus escritos.

(1) Diálogo de Paladio, página 22.

Todo resultó naturalmente a sabor del Patriarca. Fueron anatematizados los presuntos culpables.

Pero este hombre vengativo y audaz, ejemplar típico del cacique religioso, no está contento aún.

Señor de horca y cuchillo, resuelve asaltar los monasterios, y solicita con ese fin el auxilio de la fuerza pública.

¿Podría el Prefecto de Alejandría negarse a las exigencias de ese potentado, cuya influencia avasalla todas las esferas, civiles o religiosas de Egipto?

A la cabeza, pues, de soldados y malhechores reclutados *ex profeso*, según Paladio, el propio Patriarca marchó en dirección a los monasterios.

Para facilitar la obra de pillaje, asesinato e incendio, la expedición punitiva llega a esas moradas de oración y paz, cuando las tinieblas de la noche todo lo envuelven con su manto.

Los foragidos a quienes Teófilo había previamente envalentonado con libaciones copiosas ⁽¹⁾, se arrojan sobre los conventos, como si fueran ciudades enemigas. Echan abajo las puertas de celdas y aposentos, destruyen sus rudimentarios menajes, y so pretexto de requisar infolios heréticos, todo lo registran y saquean.

En medio de la confusión producida por lo sorprendente del ataque, los monjes corren en todos sentidos, sin atinar a explicarse lo que sucede, y mucho menos, a

(1) *Cum prius pucros qui secum erant, vino ingurgitasset.* (Paladio, *Diálogo*, página 23).

buscar su seguridad. Huyen unos en dirección a las montañas, mientras descienden otros hacia el valle, pudiendo así escapar al furor de los asaltantes.

Los jefes de la Comunidad, los *hermanos gigantes*, son salvados por personas caritativas, que los inducen a esconderse en el fondo de unos pozos cercanos, a fin de burlar a los forajidos, que de modo especial desean encontrarlos.

Personalmente, el Patriarca se acerca al pequeño edificio, en que viven los jefes de la Comunidad, y experimenta gran furor al cerciorarse de que sus huéspedes han huído. Ordena en su insensatez aplicar fuego a la construcción, y pronto consumen las llamas cuanto perteneciera a los *hermanos gigantes*, sin excluir valiosos infolios de la biblioteca y las sagradas formas eucarísticas, que según costumbre de la Iglesia primitiva, conservaban ellos en sus habitaciones privadas. En el holocausto pereció también un pobre muchacho, que habian dejado al cuidado de las celdas.

Semiaturdidos aun por la pesadilla de la noche anterior, se reúnen, al despuntar el día, alrededor de trescientos cenobitas, dan gracias a Dios, que los ha salvado del peligro, miran por última vez hacia el azul del cielo, incendiado ya por los primeros rayos del sol, y siempre bajo la dirección de los *hermanos gigantes*, emprenden viaje hacia tierras más propicias. ¿No son, por ventura, todos los rincones del mundo dominios del Señor?

A través del valle del Nilo, caminan día y noche, peregrinos del ideal, como los israelistas de otro tiempo, en busca de la Tierra de Promisión.

El hambre, la fatiga, el desaliento y la incertidumbre diezman las huestes durante el viaje; muchos ancianos se ven obligados a suspender la peregrinación, y asilarse en monasterios o grutas del camino.

Cuando los hermanos gigantes contaron su legión sagrada, después de la travesía del Mar Rojo, y libres, por tanto, de la férula de Teófilo, vieron sus filas raleadas. Eran solamente ochenta.

Tras breve consejo, resolvieron dirigirse a Jerusalén, tomar allí algún descanso, y marchar en seguida a Constantinopla, para vivir bajo la égida paternal de Crisóstomo.

El Faraón cristiano, según llaman sus enemigos (1) a Teófilo, no ha cesado de fulminar con sus anatemas a los infelices fugitivos. Los ha excomulgado y ha escrito a los Obispos de su jurisdicción y regiones vecinas que no los acepten en su comunión, pues son herejes peligrosos e hipócritas.

Y las súplicas o simples advertencias del Patriarca son verdaderas órdenes para cuantos conocen su poder y arbitrariedades.

¿Qué Obispo se atreverá a discutir siquiera las medidas u opiniones de Teófilo, sin verse expuesto a un

(1) Paladio.

cambullón peligroso, en que la propia mitra rueda por los suelos?

No obstante, el Obispo de Jerusalén los recibe con los brazos abiertos y cordiales manifestaciones de caridad cristiana.

En vista de acogida tan cariñosa, los cenobitas conciben el proyecto de establecerse bajo la protección de tan generoso pastor; y fijan sus miradas en la región de Scitópolis, favorecida con bosques de palmeras y agua cristalina, para clavar allí sus tiendas en forma definitiva. Pero una lacónica misiva de Teófilo a los Obispos de Palestina hace fracasar las ilusiones de los cenobitas.

«No os conviene, le dice el Patriarca, que aceptéis
« a esos monjes en vuestras diócesis contra mi volun-
« tad. Como no conocíais mi determinación, yo os per-
« dono. En el futuro, tened cuidado de no recibirlos
« ni en lugar privado ni eclesiástico». (1).

El Obispo de Jerusalén comunicó a sus huéspedes la mala noticia, rogándoles al mismo tiempo que abandonasen cuanto antes el territorio de su jurisdicción. No era prudente ni siquiera dilatar la partida.

El viejo lanchón, anclado en el puerto de Cesarea, se amontonan los pobres monjes, con escasos víveres; y se entregan a las olas del mar, confiados en la protección del cielo. Los vientos, más piadosos que el Faraón

(1) Diálogo de Paladio, pág. 22.

cristiano, empujan la embarcación, bordeando las costas de Fenicia y del Asia Menor, hasta dejarla en el Bósforo, término de la peregrinación.

Extenuados por el hambre y peripecias del viaje, semidesnudos, desembarcan esos veteranos de la fe; y tras breve descanso, emprenden la última jornada desde los arrabales de la ciudad a la residencia Patriarcal.

Los tres personeros de los monjes e Isidoro, que han subido a hablar con el Patriarca, no son desconocidos para Crisóstomo. La fama de su ciencia y santidad ha volado por todo el mundo cristiano.

Eran cuatro hermanos, designados en el Oriente bajo el nombre de los hermanos gigantes, por su talla extraordinaria, acrecida más aun por su flacura y demacración de sus semblantes. Eran cuatro espectros humanos.

Hijos de una misma madre, se había acrecentado su espíritu fraternal con la más perfecta comunidad de ideas y sentimientos. Desde los albores de la razón, la preocupación de Dios y su alma había trabajado sus espíritus, preludio de la resolución que después habían de tomar los cuatro: abrazar la vida monástica.

Impuestos a la consideración y respeto generales por sus conocimientos teológicos y santidad de su vida, pronto los hermanos gigantes se ven asediados de discípulos espirituales y señalados como futuros pastores del rebaño cristiano.

Si no rehusan ellos poner sus conocimientos y consejos al servicio de quienes los consultan, en cambio,

huyen de cuanto puede herir su modestia, como el episcopado u otras dignidades eclesiásticas.

El mayor de los cuatro, Amnonio, se defendió en forma heroica contra quienes pretendieron hacerlo Obispo. Cuando sus aprehensores llegaron hasta él, para conducirlo forzosamente a Alejandría y someterlo en seguida a la imposición de manos, les mostró la mutilación de su oreja derecha, doloroso procedimiento a que poco antes recurriera, voluntariamente, para evitar la dignidad episcopal. (1)

Eutimio y Eusebio, no menos resueltos que su hermano mayor, rehuyeron también el episcopado y nada pudo apartarlos de su amor a la soledad y vida oculta.

Uno solo de los cuatro, Dióscoro, rompió la consigna, aceptando la pequeña diócesis de Hermópolis, cuya jurisdicción se extendía sobre varios monasterios de Nitria, entre los cuales se contaba el suyo. Semi-solitario, por tanto, y semiobispo, ejerció casi siempre sus funciones pastorales desde el fondo de su celda monástica.

De los cuatro hermanos gigantes, Dióscoro, por su oficio y dignidad y posiblemente por ciertas complacencias hacia su jefe jerárquico, había podido escapar a la ira del Faraón cristiano y permanecer frente a su pequeña grey. Los tres restantes, Amnonio, Eutimio y Eusebio habían emigrado a Constantinopla en demanda de justicia y protección.

(1) Según Derecho Canónico, ningún mutilado podía recibir las órdenes sagradas.

De los labios veraces y lacónicos de esos tres monjes, escucha Crisóstomo el relato de su peregrinación a través de océanos y montañas, y la petición de ayuda contra quien tan inicualemente los ha perseguido. Añaden los hermanos gigantes que tienen redactado el libelo de acusación contra Teófilo y sólo esperan la venia de Crisóstomo para presentarlo al Emperador.

Por solidaridad con su colega de Alejandría y temeroso al mismo tiempo de entrar en dificultades con hombre tan resuelto y poderoso, Crisóstomo se empeña en tranquilizar a los monjes y disuadirlos de presentar su querrela al Emperador, asegurándoles que todo se arreglaría para bien de ellos y sin perjuicio de la caridad cristiana. Interiorizado de la estricta ortodoxia de los monjes, calculó que la acusación de origenismo recaída sobre ellos sólo podía explicarse como una mala inteligencia de la posición dogmática de los acusados. Profesaban ellos profunda admiración y simpatía hacia el gran pensador cristiano de Alejandría, pero muy lejos se hallaban de concordar con él en todas sus afirmaciones.

En frase afortunada, el propio Teófilo había condensado años atrás una posición admirablemente justa y ortodoxa con relación a Orígenes, posición aceptada por los grandes doctores y teólogos de la Iglesia.

Presionado Teófilo por Epifanio, para condenar públicamente los escritos de Orígenes, replicó el venera-

ble Obispo de Salamina: «Los libros de Orígenes son para mí una pradera magnífica: cojo en ella las hierbas medicinales y dejo a un lado las venenosas».

Crisóstomo se negó a admitir en su comunión a los monjes excomulgados, pero no pudo dispensarse del precepto humano y cristiano de proporcionar techo y alimento a esos infelices, extenuados por el desamparo y el hambre. Dispuso que se hospedasen en los claustros de la iglesia de Santa Anastasia, y encomendó a varias diaconisas su cuidado y alimentación.

A fin de evitar ruidosos comentarios y escándalos les recomendó la mayor reserva sobre lo sucedido y les pidió se presentasen en público lo menos posible.

Y sin pérdida de tiempo, escribe una conceptuosa comunicación a Teófilo, dándole cuenta de su proceder e implorando su benevolencia para los monjes en desgracia. Le hace presente el grave peligro que puede entrañar para la Iglesia y su prestigio una presentación de ellos al Emperador, pidiéndole amparo. Le ruega, en consecuencia, levantar más bien la excomunión y terminar el odioso asunto. En caso contrario, le anuncia la convocación de un concilio para absolver a los excomulgados.

La respuesta del Patriarca de Alejandría no se dejó esperar mucho tiempo. Breve y cortante, ella refleja el estado de ánimo de Teófilo y presagia un recio conflicto.

«Supongo, le dice, no ignorarás el decreto del
« Concilio de Nicea, que prohíbe a los Obispos juz-
« gar un pleito de otra diócesis. Si lo ignoras, aprén-
« delo y abstente de recibir libelos en mi contra. Si
« yo debiera ser juzgado, mis jueces serían los obispos
« egipcios y de ningún modo tú, que te encuentras a
« setenta y cinco días de camino».

A la severa advertencia, hecha al Patriarca de Constantinopla, añadió Teófilo otra medida de mucha importancia. Envió rápidamente a la Ciudad Imperial una comisión, encargada de informar al Emperador del litigio y solicitar la inmediata expulsión de los monjes rebeldes.

Los emisarios, para triunfar en sus propósitos, contaban con la intriga, la calumnia y algo más poderoso aun: inmensas cantidades de dinero.

Los monjes abandonaron su silencio ante la violencia del ataque; se defendieron, y nada fué capaz de contererlos en su defensa. No satisfechos con satisfacer las calumnias de magia y herejía, de que los acusaban ante el Emperador los representantes de Teófilo, ellos tacharon de calumniadores a sus denunciantes, y de modo especial, a quien los había enviado.

Crisóstomo, según Paladio, censuró a los monjes el paso dado, pues arrastraban ante tribunales laicos al propio Patriarca de Alejandría. Desde ese momento se separó de ellos en forma definitiva. Pero los monjes no cesaron en su afán de obtener justicia completa por

cualquier medio, y lograron interesar hondamente en su favor a la Corte y sobre todo a la Emperatriz.

Legión magnífica de suplicantes acecha el paso de la Emperatriz en el momento de dirigirse a una ceremonia religiosa. De rodillas ante ella imploran su protección.

La augusta señora mira compadecida y respetuosa a esos veteranos de la virtud, y asomada a la portezuela de su carro, dice a los monjes: «Dadme vuestra bendición, hermanos, y rogad por mí, por mis hijos, por el Emperador y el Imperio. En breve haré convocar un Sínodo y el Patriarca Teófilo deberá comparecer ante él».

Días más tarde firmaba el Emperador la orden convocatoria de un Sínodo, y salía apresuradamente de Constantinopla un mensajero, encargado de notificar al Patriarca de Alejandría, de la obligación de comparecer cuanto antes.

La augusta palabra había sido cumplida.

Mal informado o cegado por la envidia, el Patriarca Teófilo formó una sola resolución al recibir la notificación: vengarse inexorablemente del Patriarca de Constantinopla.

Su temperamento avasallador y combativo hallaba finalmente oportunidad de embestir contra ese hombre, a quien odiaba y envidiaba. Nada lo detendría en su propósito de eliminarlo del escenario de la Iglesia orien-

tal, donde lo tenía reducido a él a categoría de personaje secundario. ¿Qué importaban a Teófilo esos cincuenta harapientos de la Nitria, a quienes bastante había ultrajado ya, en comparación del nuevo rival que se le presentaba?

Como recluta el caudillo a sus compañeros de intereses o ideales, el furibundo Patriarca hace resonar entre sus amigos y subalternos el grito de combate. La voz de orden, hipócrita, pero bien calculada para engañar a muchos incautos, es la defensa de la ortodoxia católica, gravemente amenazada por la recrudescencia del Origenismo. ¿No significan eso las actividades de los monjes de Nitria, asilados en Constantinopla, y la protección que les dispensa el Patriarca de esa ciudad?

Es preciso ir a la Ciudad Imperial, acudir al Sínodo convocado, pero no en calidad de reo, sino de guardián y defensor de la pureza de la fe.

A veintiocho de sus Obispos sufragáneos ordena embarcarse con rumbo a Calcedonia, donde se les juntará él más tarde, para iniciar desde allí las operaciones contra Juan.

A fin de ganar adeptos a su causa, marchará Teófilo por tierra y hablará personalmente con los obispos de Palestina, Fenicia, Siria y Asia Menor.

Impuesto minuciosamente de las rivalidades y odios existentes entre los eclesiásticos, sabe a las mil maravillas sacar partido de esas pasiones. A través del Asia Menor, se presenta ante las cristiandades, sacudidas

aun por las enérgicas resoluciones tomadas por Juan en su visita a Efeso, como reparador de las injusticias cometidas; y a su alrededor se agrupan los obispos depuestos y cuantos sacerdotes o diáconos han recibido perjuicios con las reformas de Crisóstomo.

Para aumentar el prestigio de su empresa, Teófilo ha ganado para ella la autoridad moral de personajes como San Epifanio y San Jerónimo, lumbreras de la Iglesia por su ciencia y santidad. Por medio de comunicaciones hábilmente redactadas, ha impresionado a esos santos varones en forma por demás adversa a la ortodoxia y disciplina de Juan.

Tan seguro avanza el Faraón cristiano, que en muchas oportunidades durante el viaje, olvidando tal vez los consejos de la astucia para dar paso a las insolencias de la jactancia, repite en forma categórica a cuantos desean oírle: «Voy a la Corte para deponer a Juan» (1).

Sólido punto de apoyo para los planes de Teófilo es el Obispo de Calcedonia, un tal Cirino, egipcio de nacimiento, y por tanto, paisano del Patriarca. A pesar de su condición de subalterno inmediato de Crisóstomo, se expresaba de él en términos deplorables, sin respeto alguno a la jerarquía. El porfiado, el soberbio, el impío llamaba Cirino indistintamente a su jefe

(1) *In comitatum proficiscor ut Joannem deponam.* (Paladio, Diálogo, pág. 29).

religioso y su lengua se desplegaba maldiciente para interpretar todas sus acciones.

Su cargo de Obispo de Calcedonia, punto geográfico obligado para quienes acudían por tierra a Constantinopla desde el Asia, lo convertía en poderoso instrumento de la causa de Teófilo. Cuantos llegaban a la ciudad eran prontamente informados e impresionados por el tenaz enemigo de Crisóstomo. Luego, según sus tendencias, eran atraídos a las reuniones permanentes, en que Teófilo y sus Obispos preparaban el futuro concilio.

Más de un momento desagradable tuvo que sobrellevar Cirino en medio de sus cábalas e intrigas, no figurando entre los menores un pisotón, que inadvertidamente le propinó un tal Marutas, Obispo de Mesopotamia, de resultas del cual debió sufrir más tarde la amputación de la pierna, gangrenada a causa del golpe. Demás está decir que este inofensivo pisotón de Marutus imposibilitó a Cirino para tomar parte en el Concilio contra Juan. Teófilo perdió por esta circunstancia al más audaz e intrigante de sus secuaces.

Acercándose la fecha del Concilio (había sido convocado para julio del año 403), Teófilo y sus huestes acordaron cruzar el Bósforo, para desembarcar en Constantinopla; y una mañana, brillante de sol, el Patriarca y sus veinticinco obispos, en barcas lujosamente ataviadas, se deslizaron sobre el azul del estrecho, escoltados por muchos curiosos y personas de su séquito.

Una vez en tierra, el imponente cortejo, presidido por el Faraón cristiano, se puso en marcha hacia el palacio de Placidia, alojamiento ofrecido por el Emperador al Patriarca y a su comitiva.

El fiero semblante de Teófilo más parecía adecuado a un general victorioso, entrando a una ciudad rendida, que a un Obispo cristiano, y acusado todavía ante un Concilio próximo a reunirse.

De paso a su residencia, la comitiva egipcia enfrentó el Palacio y la Basílica Patriarcal.

Crisóstomo esperaba allí a sus hermanos de episcopado, a fin de invitarlos a su casa, o por lo menos, a la Basílica, para dar acción de gracias, según era vieja costumbre. Teófilo rehusó ambas invitaciones ⁽¹⁾ y sin mayores explicaciones, continuó el cortejo hacia el barrio de Perasma (hoy Pera), donde se hallaba su alojamiento.

Con suntuosidad de príncipes orientales, el Patriarca de Alejandría y los Obispos de Egipto quedaron instalados en el Palacio de Placidia.

Cortos momentos después de su llegada entraban por las puertas de servicio los equipajes de Teófilo, consistentes más que en infolios y viejos pergaminos, en ricas telas de la India, aromas y perfumes de Arabia, destinados a las damas y oficiales de la Corte. Bien conocía el Patriarca la influencia de las dádivas y el

(1) Paladio, implacable enemigo de Teófilo, da como razón de la negativa del Patriarca egipcio a entrar en la iglesia los remordimientos de conciencia: *sed ab ecclesia eum arcebat sua conscientia.* (Diálogo, pág. 26).

dinero en toda suerte de acontecimientos humanos. Por tal motivo traía consigo esos argumentos decisivos para triunfar en la lucha.

Los campos se hallan perfectamente deslindados.

En el Palacio de Placidia, donde se celebran día a día suntuosos festines y reuniones secretas, se dan cita los enemigos públicos y disimulados de Crisóstomo. Allí desfilan Obispos fallidos en sus pretensiones, sacerdotes y diácomos reprendidos por Juan, mujeres sospechosas por su vida y capaces de toda clase de calumnias e intrigas.

¿Será necesario añadir que la más estrecha camaradería se ha establecido entre el Patriarca Teófilo y el empedernido aspirante a la Sede de Constantinopla, Severiano de Gabales?

Vínculo de unión entre los conjurados y la Emperatriz es la cortesana Eugrafia, implacable en su resolución de perder a Crisóstomo,

Frente al campamento del Faraón cristiano, se encuentran las masas populares, cubriendo guardia alrededor de su Obispo y tribuno, resueltas a hacerlo respetar en su vida y dignidad.

Una secreta inquietud advierte a los amigos de Juan que la jornada por desarrollarse será decisiva para la suerte de su caudillo religioso; de modo que se aprestan a la lucha con el entusiasmo y resolución de la partida suprema.

Manifestaciones de piedad en los templos y frecuen-

tes procesiones por calles y plazas tonifican el fervor de los fieles, dándoles al mismo tiempo oportunidad de comunicarse sus temores y confirmarse en sus propósitos de defender a su Obispo hasta la muerte. Cantos de letanías, salmos e himnos religiosos resuenan en todas partes y a todas horas, como en días de rogativas por grandes peligros o calamidades públicas. Ni siquiera en las noches cesan estas actividades, permaneciendo los templos abiertos y las calles constantemente animadas con desfiles de suplicantes.

A la sagacidad de Teófilo y sus Obispos no se oculta el peligro de tales manifestaciones piadosas; y en previsión de posibles atentados contra sus personas, solicitan guardias especiales, que de noche y día vigilan los alrededores del Palacio de Placidia. Creen también urgente la inmediata celebración del Concilio, antes de que la masa popular los ataque en forma violenta e indecorosa para su dignidad. Juzgan que la reunión episcopal dentro de los muros de la ciudad es peligrosa para la libertad de los conciliar, por lo cual solicitan del Emperador les conceda reunirse en Calcedonia, al otro lado del Bósforo, estableciendo así un brazo de mar entre los deliberantes y esa masa popular, fanatizada por el amor a Crisóstomo.

Una dificultad se presenta, no obstante, a este proyecto de los egipcios.

Siendo Calcedonia una diócesis independiente, puede resistirse Crisóstomo a comparecer ante un Concilio

reunido fuera de su jurisdicción; pero representantes de la Corte garantizan a los conjurados que el Emperador lo obligará a presentarse ante los jueces, en cualquier sitio donde hayan establecido su tribunal.

Arcadio, ignorante de todo, y bajo la influencia irresistible de la Emperatriz, concede el palacio llamado de la Encina, en los suburbios de Calcedonia, para que allí se reúna el Concilio. Junto a la magnífica construcción, se alza el *Apostoleum*, o basílica consagrada a los Apóstoles Pedro y Pablo, y el espacioso claustro, que servirá de residencia a los Obispos.

Hallándose todo previsto y calculado, Teófilo atraviesa con los suyos el Bósforo, a mediados de julio, y va a establecer su campamento en el Palacio de la Encina.

Crisóstomo y los suyos permanecen en la Ciudad Imperial.

Frente a frente, separados por una banda de azul intenso, se aprestan los dos Patriarcas a la batalla.